

Teresa Martí

# Siham



# SIHAM

**TERESA MARTÍ**

NARRATIVAS 21



# Créditos

Título original: *Siham*

© Teresa Martí Gaudes, 2020

© De esta edición: Pensódromo SL, 2020

Diseño de cubierta: Lalo Quintana

Editor: Henry Odell — [p21@pensodromo.com](mailto:p21@pensodromo.com)

ISBN print: 978-84-121488-1-7

ISBN e-book: 978-84-121488-2-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

# Índice

*Dedicatoria*

*Epígrafe*

*Nota*

*Agradecimientos*

*Siham*

*Epílogo*

*Acerca de la autora*

*A Carmen, Montse, Marta y Merche,  
mis hermanas.*

*Dentro de nosotros existe algo que no tiene nombre  
y eso es lo que realmente somos.*

JOSÉ SARAMAGO

*Siham* fue escrita entre los años 2000 y 2004, entonces los actuales técnicos de medio abierto, se llamaban delegados de asistencia al menor. Durante estos casi veinte años, el trabajo de los profesionales ha protagonizado algún cambio, pero en esencia, la intervención realizada con los jóvenes es la misma que se relata en la novela.

Las escuelas taller, que tan excelente función realizaron durante aquellos años, desaparecieron en Cataluña el año 2010. Hoy en día, existen las casas de oficios, que de alguna manera suplen la función que tenían las escuelas taller como principal proyecto de formación y empleo para jóvenes que abandonan de forma precoz la escolarización.

Todas las historias narradas en esta novela son ficticias, así como los nombres, pero todas ellas están inspiradas en situaciones reales vividas por jóvenes de aquella época.

TERESA MARTÍ

## *Agradecimientos*

Desearía agradecer a los profesionales y amigos, que en su momento leyeron el primer manuscrito y aportaron ideas y comentarios que fueron imprescindibles para la elaboración de la versión definitiva: Joan Anton Chaparro, Toni Cano, Mercè Sabaté, Carles Llamazares, Joan Vera, Adela Camí, Lola Fumanal, José Luis Terraza, Carmen Foncubierta y Alex Sanz.

También a mi madre, con la que pasamos tardes inolvidables releendo y corrigiendo, a mi padre, mis hermanas y a Josep, mi marido. A todos ellos, gracias por sus comentarios y, por supuesto, por estar siempre cerca.

A Pau y Adrià, mis hijos, que han crecido oyendo hablar de esta novela y que siempre me animaron a publicarla.

Gracias a Henry Odell, editor de Pensódromo 21, por su aliento, su amistad y por acompañarme de nuevo en este libro.

A los chicos que inspiraron esta novela. Gracias a ellos y a sus familias que confiaron en los profesionales que nos cruzamos en su camino y nos permitieron aportar un granito de arena a sus vidas, algunas de ellas particularmente difíciles.



**S**e ajustó bien la cazadora, abrochó la cremallera y asegurándose de que nadie lo veía, alzó los hombros para esconder al máximo el cuello dentro de ella. Con las manos metidas en los bolsillos y el cuerpo algo curvado hacia delante se dirigió al parque donde había quedado con sus amigos. Sabía que a esa hora las puertas de acceso estarían cerradas, pero eso no suponía un impedimento para ellos.

Cuando llegó, saltó el muro de piedra que bordeaba el recinto y caminó en dirección a la zona más apartada de la puerta principal. La humedad de la noche le obligó a meter de nuevo las manos en los bolsillos y a curvar la espalda para resguardarse del frío. Cuando se acercó al lugar donde se reunía con sus amigos, colocó la espalda recta, se desabrochó la cazadora y sacó las manos de los bolsillos.

—¿Qué pasa tío, cómo estás? —Antonio le saludó sentado en el respaldo de un banco.

—Psss, ya ves, he sobrevivido —contestó Carlos estrechándole la mano al tiempo que saludaba al otro joven que lo miraba— ¿Qué tal David?

—Por aquí, esperando a ver si la noche se anima y nos vamos de cacería.

—Jo, tíos, yo esta noche paso. Estoy que no me aguanto. Esta puta gripe casi me mata.

—Ja, ja, ja. ¡Anda, exagerao! Lo que pasa es que eres un *jiñao* —añadió mirando de reojo a Antonio que intentaba controlar la risa sin conseguirlo.

—¡Joder! Sois unos cabrones, sabéis de sobra que siempre soy el primero, y de *jiñao*, nada ¡hostia!

—Vale, vale, no te pongas así, que era broma —dijo David ofreciéndole el porro que un momento antes le había pasado Antonio—. A ver si entras en calor, que hoy tenemos fiesta de la grande.

Carlos hizo una calada y le interrogó con la mirada.

—¡Tío, estás en las nubes! Que hoy cierran las carpas y la peña tiene ganas de fiestorro. Hacen un dos por uno y nos vamos a poner hasta el culo de cubatas.

Carlos dio la última calada al porro y se lo pasó a Antonio.

—¿Quién viene?

—No lo sé, hemos quedado en vernos allí —dijo Antonio, mientras apuraba el porro antes de tirarlo al suelo.

—Pues vámonos, no sea que me arrepienta.

Recorrieron el mismo camino que había hecho Carlos, saltaron el muro de piedra y caminaron en silencio ocupando toda la acera. Antes de llegar a la esquina se cruzaron con una pareja que tuvo que bajar a la calzada. Carlos hizo el amago de apartarse para dejarlos pasar, pero pronto rectificó aliviado al ver que sus amigos ni siquiera se habían percatado de su gesto.

Las calles que limitaban con la zona de carpas estaban en proceso de urbanización, por lo tanto solo cuando pasaban

por debajo de uno de los faroles que se alineaban en la acera, la luz permitía distinguirlos en medio de la oscuridad; la misma luz que unos metros más adelante dejó al descubierto dos figuras que avanzaban en dirección contraria. Carlos abrió los brazos para detener a sus amigos.

—Hombre, mirad lo que viene por ahí. Parece ser que la noche se anima.

—¡Joder Carlos! —musitó David—, te has recuperado de golpe.

—Del todo, tío. ¿Has visto cómo caminan? No sé quién se creen que son estos gilipollas —añadió acelerando el paso—. Ahora verán estos moros de mierda quién manda en esta ciudad.

—Espera —le detuvo Antonio—, deja que se acerquen. Aquí está más oscuro.

Carlos abrió la palma de la mano y la golpeó con el puño de la otra. Repitió el movimiento cada vez con más fuerza, acompasando los golpes con el fuerte sonido que emitía su propia respiración. Bajó los brazos, cerró ambos puños y los apretó notando cómo se tensionaban todos los músculos de su cuerpo. Cerró la boca, apretó los dientes y esperó a que los dos jóvenes llegaran a su altura. Entonces, les cortó el paso.

Transcurrieron unos segundos antes de que uno de ellos se decidiera a hablar.

—¿Qué, nos dejáis pasar o tendremos que pedir permiso?

—No estaría mal que pidieran permiso de vez en cuando, ¿verdad? —dijo Carlos mirando a David.

—Lo que pasa es que quizás no se lo daríamos —añadió irónico Antonio provocando la carcajada de sus amigos.

—Bueno, os apartáis o tendremos que apartaros nosotros —insistió el muchacho.

—¿Habéis oído eso? —se burló Carlos—. El tío se pone gallito. Quizá no le ha quedado claro que en esta ciudad no queremos moros.

—Venga, Omar, vámonos —dijo el otro joven marroquí mirando a su amigo.

—¡Venga, Omar, vámonos! —repitió Carlos en tono burlesco—. Vámonos que me estoy cagando encima. Ja, ja, ja.

Omar miró a Carlos y avanzó con la intención de apartarlo de su camino, pero el puñetazo que recibió lo impidió. Al tocarse la cara y ver que le salía sangre de la nariz, se giró hacia Carlos para devolverle el golpe, pero no tuvo tiempo. Un nuevo puñetazo, esta vez en el estómago, le hizo caer de rodillas en el suelo. Alzó como pudo la vista para buscar a su amigo, pero no consiguió verlo. Sabía que nunca le dejaría en la estacada en una situación como aquella, entonces comprendió que había ido a buscar ayuda. Aquello le tranquilizó unos segundos, los que precedieron a la patada que Carlos le dio en la cara y que le nubló la vista. El resto de los golpes ya no los vio venir, pero los sintió por todo el cuerpo sin poder hacer nada por defenderse. El joven suplicaba y gritaba que dejaran de

pegarle, pero su voz se perdía entre los gritos y los insultos de sus agresores. La última vez que lo pidió, lo hizo con un hilo de voz que le salió de la boca llena de sangre, y lo hizo antes de que un golpe en la cabeza le dejara inconsciente. Cuando su amigo llegó con los trabajadores de la empresa de seguridad, encontró a Omar tendido en el suelo, solo, inconsciente y con la cara cubierta de sangre. Se arrodilló a su lado, cerró los ojos y con un grandísimo esfuerzo grabó la cara de los tres cabezas rapadas en su mente.

**A** Roser y a su marido les gustaba reservar las primeras semanas de septiembre para viajar con sus hijos. Habían llegado ese mismo día y una vez lavada y recogida toda la ropa, habían dedicado la tarde del domingo a preparar las carteras de los niños y sus propios enseres de trabajo. Al día siguiente empezaba un nuevo curso escolar para los pequeños y un nuevo periodo de trabajo para ellos.

Madrugar fue una tarea difícil para los mayores, pero no para los niños que esperaban con impaciencia la vuelta al colegio. Roser los acompañó hasta la escuela, se despidió de ellos y caminó hasta la parada donde cogía el autobús que la llevaba hasta el edificio de los juzgados. Aquel mes cumplía treinta y ocho años y hacía más de diez que trabajaba como Delegada de Asistencia al Menor en el Departamento de Justicia de la Generalitat de Catalunya. Su responsabilidad era hacer el seguimiento de las medidas que los jueces imponían a los jóvenes infractores y que no implicaban el internamiento en un centro de menores; por lo tanto, solo era responsable de controlar las medidas que los chicos tenían que cumplir sin desplazarse de su lugar habitual de residencia.

Además de las gestiones propias del primer día de vuelta al trabajo, Roser tenía diversas entrevistas concertadas para aquella mañana. La última hora la había reservado para la primera cita con Carlos Freixa, un joven de

dieciocho años al cual el juez había impuesto un año de internamiento cerrado en un centro de menores y una libertad vigilada que debía cumplir ahora, una vez finalizado el internamiento. Roser había leído en su expediente que el chico vivía con su abuela paterna y que pertenecía a un grupo de jóvenes *skinheads* conocidos por haber protagonizado numerosas peleas con otros jóvenes de la ciudad. El motivo de la denuncia había sido la agresión que él y sus amigos habían hecho a un joven marroquí. La detención de los tres había sido rápida. La descripción hecha por el amigo del agredido había sido suficiente para que los Mossos d'Esquadra identificaran a los autores de la agresión. Dos de ellos, mayores de dieciocho años el día de los hechos, tenían pendiente el juicio en la jurisdicción de adultos. Miró el reloj y al comprobar que aún le quedaba tiempo antes de empezar la primera entrevista de la mañana, fue a buscar un café a la máquina expendedora, saludó a sus compañeros, comentó sus recientes vacaciones y, con el café todavía en las manos, se dirigió a su despacho, el lugar donde hacía años que atendía a los chicos.

Unos minutos antes de la una del mediodía, oyó que llamaban a la puerta, se levantó e invitó a Carlos a que entrara. Le dio la mano y le indicó que se sentara en una de las dos sillas colocadas al otro lado de la mesa donde ella se sentó. A Roser no le sorprendió la ausencia total de cabello en la cabeza, eso ya lo esperaba, pero sí la expresión en el rostro del joven que tenía delante. Por lo

que había leído en su expediente, se la había imaginado mucho más dura. Antes de que Carlos tomara asiento Roser le observó. Vestía unos tejanos más cortos de lo habitual, por lo que dejaban ver la caña de unas botas negras, y un polo azul marino. La manga corta permitía adivinar el final de un tatuaje. Carlos la miró y esperó a que fuera ella quien dijera las primeras palabras. Sabía de sobras qué era lo que había ido a hacer a aquel despacho, el director del centro se lo había explicado el mismo día que salió en libertad, pero no tenía claro qué era lo que tenía que hacer justo en aquel instante. Tuvo la sensación de no controlar la situación y aquello le incomodó.

Roser se presentó y le recordó el motivo por el cual le había citado a su despacho. Habló despacio, e invitó a Carlos a que expusiera las dudas que intuía le rondaban por la cabeza, pero él, apenas habló y la única vez que lo hizo fue para dejar bien claro que aquellos marroquíes les habían provocado y que, ni él ni sus amigos, eran culpables de los hechos por los cuales habían sido detenidos. Después calló y dejó que Roser hablara sin hacer ningún comentario. Si hubiera tenido el valor suficiente, habría salido de aquel despacho; no le gustaba la idea de estar controlado y menos ahora que acababa de salir de un centro cerrado.

Media hora después, Carlos abandonaba el despacho sin ni siquiera cerrar la puerta. Roser le había explicado que tendría que acudir cada semana y él, a regañadientes, había aceptado volver el lunes siguiente. Roser resopló y



apuntó en un folio que había sido una entrevista difícil, recogió los aspectos más importantes de la conversación y anotó que el chico iría cada lunes. Guardó el folio dentro del expediente y apuntó en su agenda: «llamar a la abuela de Carlos».

El resto de la mañana lo dedicó a hacer gestiones y llamadas; entre ellas a Said, a quien, una vez más, había resultado imposible de localizar.

**H**acía días que Roser no veía a Said. Se habían visto dos semanas antes, pero no había vuelto a aparecer por su despacho. Había intentado localizarlo por teléfono sin éxito así que, en vista de la dificultad de concertar una nueva entrevista, Roser había decidido pasar por su casa para mirar de encontrarlo. Tenía que hablar sin falta con él.

El joven vivía con sus padres y sus hermanos en un piso del barrio viejo de la ciudad. Cuando Fátima, su madre, vio a Roser a través de la mirilla, sonrió, abrió la puerta y la invitó a entrar. Le explicó que su hijo había salido con unos amigos y que no le esperaba hasta la hora de comer. Hablaba despacio, como si cada frase representara para ella un gran esfuerzo y lo hacía en el poco catalán que conocía, mezclado con alguna palabra en francés y su lengua natal, el bereber. Roser le pidió que le diera el recado a Said de que la llamara sin falta, pero Fátima le rogó que se quedara un rato porque quería hablarle de su hijo. La invitó a sentarse en el sofá del comedor y salió en dirección a la cocina. Minutos después, Fátima volvía con una bandeja de pastas dulces y una tetera llena de té de menta que colocó en la mesa que presidía el centro de la habitación. Roser sonrió. Se había acostumbrado a estas atenciones en las visitas a los domicilios de los chicos marroquíes. Al principio insistía que no hacía falta que la invitaran a tomar nada, pero acabó por desistir cuando